

## **Montevideo sexual, una reflexión a pie**

**Gandolfo, Elvio E.**

---

**Elvio E. Gandolfo:** Periodista, poeta y narrador nacido en Argentina y residente en Uruguay desde 1976. Publicó *La reina de las nieves* (1982), *Caminando alrededor* (1986) y *Sin creer en nada. Trilogía* (1988). Actualmente colabora con *El País Cultural*, *Punto y A parte* y *La Democracia*, todas publicaciones de Montevideo.

---

*Aunque el núcleo de verdad suele filtrarse fuera de encuestas y datos estadísticos, un paseo nocturno puede recorrer mental o físicamente algunas estaciones de la compleja realidad sexual de una ciudad que, como el país, está apretada entre Brasil y Argentina. Los pudores y eufemismos, los jóvenes y los homosexuales, las prostitutas y el Bajo marcan zonas que se achican o agrandan según la época y la perspectiva de quien mira. El paraíso puede existir en un presente lejano (Brasil) o en el lejano pasado de esta misma ciudad (una «época bárbara» del sigo XIX debidamente idealizada).*

Los títulos aún no han terminado de desfilar en la pantalla, cuando se encienden las luces. En el cine hay veinte, treinta personas. El hombre se pone la campera, la bufanda, el sombrero, se parapetea contra el frío que según sabe lo espera en la calle. Acaba de ver una película que se llama *Sexo, mentiras y video*, y que cumple con su promesa, al menos temáticamente. El cine se llama *Libertad*, está ubicado bajo el nivel de la calle y el hombre sube los escalones pensando a medias en la película, a medias en él, a medias en la ciudad, afuera. Está solo.

### **Números**

Se para en la esquina. El frío es exactamente el que esperaba. «Son años», piensa. Está parado en el borde del cordón, como para empezar a caminar, pero sin moverse, lo cual le produce un extraño, delicado placer. Mueve la cabeza hacia la izquierda y como por azar capta el cartel de la pequeña, sórdida salita de «sexo explícito» ubicada sobre la vereda de enfrente de la calle Colonia, y ríe, casi suelta una carcajada al ver el título, al que no le había prestado atención durante el día: *Tetongas*. En la ciudad hay en total 9 salas, o más bien salitas de sexo explícito, algunas con ceremoniosas advertencias al público acerca del probable carácter chocante «para la sensibilidad del espectador» de lo que se ve en la pantalla. Desde que se las habi-

litara, hace poco más de cinco años, ha ido tres, cuatro veces. Conversó una vez con el boleterero; le contó que el público era fijo, estable, persistente un total de más o menos 10. 000, con algún que otro caso excepcional. Como el del hombre que asistía diariamente a una ellas, a ver la misma repetitiva película día tras día, a tal punto que el dueño de la sala terminó por hacerle un descuento de una entrada por semana, en premio a su fidelidad. Los filmes que proyectan tienen títulos previsibles (Qué colita, La vecina está para comérsela), explicativos (Revelaciones sexuales de Beverly Hills) o folletinescos (La venganza de la negra caliente).

El hombre, inevitablemente, de modo muy poco original (piensa, mezclando esa especie de comentario irónico sobre sí mismo con imágenes del filme que acaba de ver), comienza a subir el leve declive hacia la plaza que, como el cine, se llama Libertad. Es medianoche, en el centro no geográfico, pero sí simbólico, comercial, clásico de la ciudad. A juzgar por los libros de viejo envueltos en nylon para pasar la noche en los kioscos de la plaza, de los escasos automóviles, de las quince o veinte personas, podría pensarse que es una ciudad pequeña, escasamente poblada.

El hombre sabe, sin embargo, por razones de trabajo, que en ella viven 670.748 mujeres y 577.171 hombres, o más precisamente 577.172, si se cuenta a sí mismo. Fuera de esos números «duros», el hombre no cree demasiado en las encuestas, y mucho menos en las encuestas sobre el sexo, sobre el erotismo, sobre la obscenidad. En el propio filme que acaba de ver, los únicos momentos de intimidad compleja y personal, en los que suelen insistir otras películas, está eludido, es de las pocas cosas que no son vistas o sabidas ni por los demás personajes ni por el espectador. El hombre sospecha que todo lo que tiene que ver con ciertos momentos o vivencias cruciales se instala sobre un punto de fuga, se escapa: la muerte, el sexo, la imaginación.

Aún así, mientras empieza a caminar por la avenida 18 de julio, que en todo programa radial o televisivo, o en toda publicidad, es denominada «nuestra tradicional avenida», y que todo montevideano ha recorrido al menos cien veces, hace desfilar números «duros» o porcentajes mentalmente. Si en la avenida apareciera de pronto, en medio de la noche, un prolijo y estadísticamente representativo grupo de 100 mujeres, por ejemplo, tendrían una esperanza de vida de 69 años (contra 60 de los hombres), 2 de ellas habrían tenido una primera experiencia sexual antes de los 14 años, 37 entre los 15 y los 19 años, 41 entre los 24 y los 29 años, mientras que seis no habrían tenido nunca semejante, y al parecer esencial, experiencia. El hombre especula sobre el destino que le habría cabido en un grupo igualmente representativo de 100 hombres, donde 34 se habrían acostado con otra persona antes de

los 14 años, 51 entre los 15 y los 19 años y apenas 3 entre los 24 y los 29 años. Jocosamente se interroga, sabiendo que para bien o para mal no es cierto, qué pasaría si fuese él el único que no habría tenido, una vez más, ninguna experiencia sexual. En todo caso sabe que es uno de los 44.600 montevidEOS que se han casado, se casan y se seguirán casando por año, y que en algún momento integró el subgrupo de 8.288 que se divorcian. En cuanto al ritmo de sus propias relaciones sexuales varió tanto en los últimos años que no sabría en qué grupo (esta vez entremezclado sexualmente) integrarse: si en el de los 5 que tienen una relación por mes, en el de los 3 que tienen una cada quince días, los 13 que se acuestan con otra persona una vez por semana, los 17 que ejercitan su cuerpo en compañía de 2 a 3 veces por semana, o los 9 dinámicos montevidEOS semirrepresentativos que lo hacen entre 4 y 7 veces por semana. ¿A qué edad? se pregunta, ejercitando su desconfianza ante las estadísticas mientras cruza las vidrieras iluminadas del bar Facal, que parece una enorme pecera de - escasos - seres humanos comiendo y bebiendo. ¿Nadie miente cuando contesta? Insiste, imaginando el rostro nervioso o el fastidio de su amigo Paul, que trabaja en la principal empresa encuestadora de la ciudad, a quien conoce, por razones de trabajo, desde hace años.

### **Personales**

Si se interroga sobre sus propias convicciones o deducciones sobre el tema, se siente más seguro. El modo en que un automóvil solitario que viene por la calle Yaguarón frena ante la luz roja, pero no del todo, avanza un poquito más, regula, da otro topetazo y después, cuando se enciende la verde, demora un largo, interminable momento en arrancar, desorientándolo a él como peatón, y contradiciendo el aparente apuro propio y previo, hace que lo relacione con el sexo, el tema de sus pensamientos.

La mejor definición no sólo para las diversas anécdotas que ha ido oyendo en los veinte años que lleva en la ciudad - porque no nació acá sino en otra parte - es el título de un viejo libro de Carlos Real de Azúa, dedicado a analizar el batllismo, que muchos consideran no sólo el nombre de una corriente política, sino también, y acaso sobre todo, el de algo más que una ideología: una idiosincrasia, si no uruguaya, sí seguramente montevidEOS. El libro se llamaba El impulso y su freno.

Sobre todo en gente de su edad, tanto el impulso como el freno son repetidos hasta lo humorístico; constituyen, cuando instala toda la serie de anécdotas en fila, una especie de filme de Woody Allen local. Por elegir una anécdota paradigmática recuerda a su amigo Mario K. (que no hay que confundir con Joseph, bromea mental-

mente): una noche K. va a una recepción, se encuentra con una dama de su edad - treinta y pico -, casada y con dos hijos, salen mareados a la madrugada oscura de esta ciudad de pocos focos encendidos, y cruzan el invitador paisaje nocturno del parque Rodó, con ramas agitadas por el viento y todo. Palabra va, mano viene, se acarician con intensidad creciente («franean», según el delicioso término rioplatense), hasta que la dama baja bruscamente pollera o pullover (no recuerda con precisión la prenda) y con voz definitiva dice: «Basta, éste es mi límite».

Para K. la anécdota es bastante frustrante, significa un fracaso en una especie de planilla mental de «logros» que lleva, él también casado un par de veces y con varios hijos. Tampoco él nació en la ciudad, y opina por lo tanto sobre la «represión» de las mujeres que no se acuestan con él y sobre la «libertad» de aquéllas que sí lo hacen.

Narrar anécdotas sobre conquistas y hazañas sexuales es uno de los deportes favoritos del hombre montevideano. De las mujeres también. Una vez invitó a una de ellas a tomar un café: había salido con K., lo cual no la hacía demasiado especial. Pero teorizó con la fría serenidad de una mujer en estado de contemplación: «Ayudé a K. en una etapa difícil, y descubrí que él insiste en «cargarse» una mujer tras otra para tapar el vacío que sintió cuando llegó del interior, hace tantos años. Para tipos así, acostarse con mujeres distintas da seguridad. Pero pasaron muchos años ya. Podría superarlo» .

La idea general que «la gente» (término resbaladizo si los hay) de Montevideo tiene de sí misma es la de un conjunto reprimido y represor de lo sexual y lo distinto. Si el hombre estuviera circulando de día por la «tradicional avenida» se sentiría tentado a estar de acuerdo. Los colores básicos de la ropa son el gris claro, el gris mediano y el gris fuerte. Las variaciones son verde oscuro, negro y marrón. Más subjetivamente insistiría en que las mujeres tienen tendencia a abandonar totalmente todo intento de ser sugerentes, impactantes o meramente atractivas a partir de los cuarenta años, sean casadas, solteras o divorciadas. El frío del invierno las lleva a cubrirse con pantalones masculinos (ni siquiera vaqueros ajustados), la sempiterna crisis económica hace que terminen por elegir un corte de pelo standard (un casco entre largo y corto, que apenas les tapa la nuca) con el cabello o canoso o con el rojizo difuso de los teñidos abundantes. En la gente de menos recursos, se agregan diversas prendas de lana deformadas por los años, que a veces hacen que una mujer de unos cuarenta y pico parezca ir envuelta en un lío de frazadas.

La ciudad mantiene una relación de amor/odio permanente con Buenos Aires, la gran esponja cercana, al otro lado del río. Comparativamente, piensa el hombre, «allá» las mujeres van más «a la guerra». Aún hoy, con crisis de identidad y económica gravísimas, pasear por la Avenida Corrientes una noche de sábado puede ser infartante: minifaldas abismales, cinturones tachonados y anchos que promocionan sutiles o gruesos impulsos sadomasoquistas, maquillaje milimétricamente calculado para dejar boquiabierto. En Montevideo esa intención guerrera de buscar el «enganche» al menos el impacto hay que salir a buscarlo detrás del Palacio Legislador (tan europeo, tan «batllista»), también un sábado a la noche, cuando morochas de todo tipo y color, más alguna rubia teñida, confluyen hacia el Palacio Sudamérica, un centro bailable con tres pistas (tango, «tropical» y «pop»). Llevan minifaldas de cuero, pendientes espectaculares, maquillaje casi tribal, vienen de los barrios, hablan en voz alta, intercambian desafíos, bromas o insultos con los del sexo opuesto, que aquí quedan bastante disminuidos en el atuendo y lo visual.

Cuando llega a Ejido, que marca con precisión el fin del centro propiamente dicho, el hombre se ajusta la bufanda, porque la mole enorme de la Intendencia aumenta el espacio libre con su gran explanada, y concentra y arremolina el viento frío de la noche invernal. Es curioso, piensa por primera vez, la «tradicional avenida» empieza y termina en Artigas, el héroe intachable local, comparable al San Martín de los argentinos o el Bolívar de los venezolanos. Arranca en la plaza Independencia, con una estatua ecuestre y el mausoleo de majestuosidad levemente fascista del prócer, y termina en el bulevar Artigas, rematado en un pequeño obelisco que homenajea hazañas constitucionales del pasado.

### **Yiras**

Ese bulevar concentró durante mucho tiempo el mayor porcentaje y la mayor variedad de prostitutas locales. Pero el recato de la ciudad hace que nunca se haya hablado de «las putas de Bulevar Artigas», sino de «las yiras de Bulevar», bautizándolas por el vagabundeo (yirar, en lunfardo) de su oficio, y eliminando respetuosamente el nombre de quien en otros tiempos soñó con hacer un Protectorado entre Uruguay y varias provincias argentinas.

Ahora hay, en el Bulevar, menos «yiras» que antes. Entre otras cosas, desde luego, por la competencia inevitable de la liberalización de costumbres. El paisaje nocturno testimonia otro avance: el de los travestis, mucho más espectaculares que las «yiras» clásicas, cargados de colores y superficies espléndidas, semejantes en eso a las vedettes del teatro de revistas o la televisión porteñas, al otro lado del río.

De noche las «yiras» están ahora dispersas en distintas zonas de la ciudad, más precisamente en distintas esquinas. Cuando el hombre va en taxi suele verlas, impecablemente ubicadas en su «physique du rol», en su atuendo: minifaldas «de trabajo», cartera o carterita, maquillaje recargado, cigarrillo colgando del labio, pataditas para sacudir el frío en las noches como hoy. Donde comienza la calle Tristán Narvaja sobre la calle La Paz se reúnen cuatro o cinco, y a veces carcajean de noche o de día (es una de las esquinas que las tolera a la luz del sol) o invitan desganadas o insistentes al hombre que pasa solo, con frases también típicas, sobadas por el uso: «Vení, chiquito», «¿No querés venir?», o algún porteño «Vamos, papito». En el otro extremo de la calle, circulan también por la noche, alrededor de una de las pocas «casas de cita» que sobreviven de tiempos abundantes, a cuadra y media de la 18 de julio.

Según el Libanés, un cincuentón estentóreo y sabroso en la conversación con quien el hombre suele tomar más de un café semanal, cuando él llegó a la ciudad desde Rivera en plenos años '50, los alrededores de la universidad (ubicada justamente allí, en Tristán Narvaja y 18) hervía de prostitutas y de útiles casas de cita. En su opinión, se debía al tajante corte esquizofrénico entre la novia que debía llegar virgen al casamiento y la iniciación y luego el ejercicio sexual con la prostituta, plenamente aceptado de hecho por la sociedad de la época. Con un agregado ahora casi inexistente: los «quilombos» que concentraban a decenas de prostitutas «adentro», fuera de la calle. El Libanés precisa que cuando llegó de Rivera (ciudad fronteriza con Brasil) extrañó lo que todo el mundo denomina «quilombos de campaña» y que aún hoy existen: locales donde se ejercía la sociabilidad, y que mezclaban la bebida con la charla «y sólo si vos querías te ibas a una pieza con una yira que te gustara. Acá en Montevideo en cambio era mucho más burocrático: cada una estaba en su pieza, vos la pedías por un número, y subías. No había ambiente».

El Libanés atribuye la esquizofrenia de los '50 (que en opinión del hombre, por experiencia propia, sobrevive soterrada en barrios y pueblos del interior) a una sociedad que, aunque laica, reemplazaba con fines semejantes el papel católico del pecado por el de la «moral». Recuerda que entonces comenzó a resquebrajarse la nítida separación, y que los más audaces ejercían el erotismo en parques como el Rodó o el del Prado, y en la Rambla pegada al río-mar.

Culto como todo hombre de entonces, recuerda no sólo el papel que ejercía también la sirvienta de la casa de clase media o alta (iniciar menos traumáticamente, con mayor economía y familiaridad, al hijo de la casa) sino también una cita de Goethe al respecto: «La mano que maneja la escoba el sábado, mejor acaricia el do-

mingo». El hombre sospecha que la cita es sutilmente falsa, está condimentada, mejorada por el Libanés, con quien tan disfrutable es hablar y a quien lamenta no poder llamar ahora (más allá de la medianoche) para comentar la película que acaba de ver.

Entre irónico y gozoso, el Libanés opina que la liberación de costumbres definitiva llegó en los '60: «El erotismo se masificó con la Revolución cubana, y a través de las élites cultas de izquierda, en el ambiente estudiantil sobre todo». Pero no del todo, nunca del todo, aclara: «Mi generación siguió teniendo mucho prejuicio. Recuerdo en ese sentido que tenía un amigo excelente, profesional ahora, con quien nos veíamos siempre. Un día me contó que se había acostado con la novia, después de muchos esfuerzos. Al poco tiempo se casó y nunca más volvimos a vernos, como si el hecho de que yo supiera eso estableciera una barrera».

### ***Homos***

Al igual que en muchos otros planos de la ciudad, que en casi todos los planos, piensa el hombre, ahora recorriendo el borde de la llamada «Plaza de los Bomberos», con la monumental construcción de la sucursal Cordón del Banco República en la vereda de enfrente, en el sexo también hay reglas confusas, resbaladizas, que hay que ir aprendiendo y que cambian sin cesar. En conjunto, como en todo, la verdad suele decirse e intercambiarse de palabra, en los bares, sin que queden documentos «comprometedores», o sea escritos. No hay investigaciones ni informes periodísticos que buceen en la incidencia de los homosexuales en la cultura, por ejemplo pero todo el mundo «sabe» (diálogos y rumores mediante) que abundan en determinado elenco teatral, que tuvieron su parte de influencia en tal composición de un jurado cultural, que Fulano, Mengano y Zutano «se sientan» (delicada expresión hipereufemística) y que K., L. y M. no.

En el regreso democrático; dos centros de reunión los nuclearon. Una discoteca de Río Branco casi 18 de julio atrajo a los de clase media para arriba. Es oculta, no se ve claramente desde la calle, y ejerce toda su actividad «adentro». Inevitable culturalmente, se llama Controversia. Otra, en la barroca, popular y pintoresca calle Tristán Narvaja (otra vez casi 18: la «tradicional avenida» es fatal) tiene en cambio una abundante actividad en su vereda: los homosexuales de extracción más baja gozan sobre todo con la carnavalización, con la exhibición. Hay más de un travestí, se acentúan teatralmente los gestos y «grititos» que una mirada social cree típicos, hay un goce continuo de la re-presentación, los viernes y sábados por la noche, en este último caso entremezclados con los vendedores de verduras, pulóveres o em-

butidos que empiezan a armar en la madrugada los puestos de la enorme feria popular del domingo. Otra vez culturalmente, el boliche se llamó durante mucho tiempo Arco Iris, con un toque de campo, de ingenuidad, de bolero.

En el bar «normal» de la esquina, el sportman (al que se va acercando ahora el hombre, en esta solitaria noche de día de semana), circularon durante meses rumores acerca de bruscos brotes de SIDA, de la muerte de uno u otro habitué, contados con el regusto del mejor periodismo amarillo (tan inexistente en Montevideo como el periodismo serio), y provocaron prolijas desinfecciones en los baños.

Ciertas o falsas, esas víctimas, en caso de serlo, integrarían el total de 226 seropositivos, 34 infectados con SIDA o 23 fallecidos contabilizados hasta fines del '88. Todo el mundo (es una tradición de la ciudad) sospecha que esas cifras son falsas, muy inferiores a la verdad, justamente por ser oficiales.

### ***Eufemismos***

El único aviso sobre el SIDA que circuló desde que se hizo ese cómputo entraba dentro del culto al eufemismo: un mar embravecido anunciaba al parecer lo que significa una relación sexual (peligro, violencia). Ante esa realidad convenía precaerse: la «sugerencia» del preservativo (o condón) venía dada por la pierna de un hombre-rana que era cubierta de pronto por una prenda de goma negra. El resultado era deprimente, por una parte su mensaje metafórico no tenía la menor claridad; por otra el intento de esquivar de lo directo volvía más grosero de lo pensado el asunto: la pierna aparecía como una especie de super-miembro sexual, que el color negro cubría de una nueva connotación siniestra. Más de una farmacia de la ciudad encontró la única serie de advertencias clara y completa en unas páginas centrales de la revista *Muy Interesante*, hecha en Argentina y reproducida a su vez de una fuente europea, y las pegó en lugar bien visible.

El eufemismo «pícaro» apareció en el título de la única antología de cuentos eróticos publicada desde el '84, que a su vez establecía un juego eufemístico interno: los cuentos y los autores venían en columnas separadas y había que adivinar quién había escrito qué. El título, muy poco excitante, era *Cuentos de nunca acabar*. La novela también erótica que Cristina Peri Rossi publicó en España y tuvo buenas ventas en la ciudad era también desazonante en su título: *Solitario de amor*. A su vez, la obra pretendía comunicar un punto de vista masculino sobre un amor-pasión, pero el tono de erotismo puramente femenino era abrumador. Un par de críticas locales sonreían, «conocedoras», ante la gaffe de otra, que había dado como ejem-



plo de buen tratamiento del punto de vista masculino dicha novela. «Nada menos que Cristina», se burlaban (ambas eran conocidas de la autora). Se referían, eufemísticamente, sin nombrar la palabra, al lesbianismo que aparece con frecuencia, explícito o implícito, en su obra. Pero ninguna de ellas, en sus análisis de cualquiera de los libros de Peri Rossi, había escrito sobre el asunto. Una vez más la distancia entre lo hablado y lo escrito, pensó el hombre, ahora empezando a caminar por Fernández Crespo hacia arriba, alejándose de 18 de julio.

El leve desvío en las palabras para no nombrar directamente es abundante: «cargue» o «levante» es intentar entablar una relación con una mujer o un hombre desconocido; «trillar» es vagabundear por 18 de julio o sitios bailables con un detector de persona elegibles para el «cargue». La mirada misma es eufemística: aletea, toca apenas, se desvía, vuelve a insistir. En uno de los paraísos míticos de una actitud más suelta, Brasil, lo que primero llama la atención al uruguayo es que una mujer, en la calle, el ómnibus o un negocio, devuelva la mirada frontalmente, y que esa mirada sea tan especulativa como la que recibe, haciendo un punteo de estado físico, social y económico del varón que mira, calculando el rechazo o el enganche. Aquí en cambio hay un merodeo más prolongado y etéreo: como todo el mundo busca la seguridad, nada es definitivamente seguro en el prólogo.

### **Palabras**

El hombre pasa junto al control de ómnibus departamentales, solitario y metafísico como un cuadro de Hopper en la noche, con las enormes cajas de jubilación y el monumental edificio de la compañía telefónica aún estatal y el Banco Hipotecario a sus espaldas. En el bar de Fernández Crespo y Uruguay, rodeado de negocios de pilas, carnicerías, «yuyerías», negocios de ropa usada y caramelerías ahora cerradas, ve una pareja sentada junto a los ventanales. El hombre habla, la mujer escucha. Los dos tienen más o menos su propia edad.

La experiencia recogida en cientos de esperas o mero pasar el tiempo en un bar, le indica que es muy probable que el hombre esté hablando desde hace horas, y que la mujer asienta de vez en cuando con un monosílabo o una frase corta. Siempre le ha llamado la atención esa especie de poder de la palabra masculina, que categoriza, explica, cuenta y con gran frecuencia marca la supuesta conducta de la mujer. Cuando ésta interviene brevemente, por ejemplo, el hombre dice: «No, ¿sabés qué te pasa?», y empieza a explicarle, prolija, interminablemente, qué le pasa. Incluso en caso de tratarse de una de las incontables charlas típicas de separación, la cosa se vuelve laberíntica, burocrática, jurídica.

En los jóvenes parece haber un predominio equivalente de la charla, del peso de las palabras, pero más cargado de goce. La propia película que ha visto hace una hora, y que ahora se le empieza a desflecar un poco en la memoria, trata al sexo sobre todo a través de la palabra. Muchos afirman con cierto sabor a triunfo que después de todo no importa tanto terminar en la cama, y hasta exhiben con un orgullo «cool», calculado, el hecho de haber estado toda la noche en la casa sin padres ni hermanos de una muchacha, «y no hicimos nada. La pasamos bárbaro». Puede haber caricias, contemplación silenciosa de un video, ingestión de alimentos mientras se intercambian proyectos futuros. Los que van a bailes de distinto tipo y color (discoteca, «tropical», clubes cercanos a la rambla) insisten también en la hiperabundancia de palabras y la escasez de «cargue» efectivo.

Sociólogos, sexólogos, psicólogos y simples periodistas (que sin embargo establecen también cierta distancia «explicativa») suelen citar al SIDA como impulsor de seguridad mediante el reemplazo del contacto sexual por los diálogos. Algo que no comparten en cambio los protagonistas jóvenes de los mismos, que en caso de ser lectores (una encuesta reciente de la Cámara del Libro indicó que son quienes compran más libros nuevos) citan a Baudrillard como alguien que comprende el valor de la seducción sin concreciones, hasta opuesta básicamente a ellas en su estrategia.

### **Lugares**

Como contagiado por las calles mismas que ha recorrido, el hombre ha ido haciendo desfilas mentalmente, inspirado a su vez en el filme que vio, imágenes y cifras generales pero casi todas girando alrededor de la gente no sólo de la ciudad capital, Montevideo, sino más precisamente del centro mismo de la ciudad. Una asociación lo lleva a trasladarse a otro mundo. Recuerda las revistas sobre el tema (desde la pasteurizada Playboy, pasando por Penthouse, hasta llegar a Hustler) de procedencia americana, que se venden en sitios muy acotados, envueltas en sobres negros. Uno de esos sitios queda en la calle Vilardebó: hay que dejar bolsos a la entrada, y la compra misma está regida por un código muy rígido, que trata de mantener los niveles de mercadería más o menos estables: hay revistas usadas que pueden comprarse directamente, otras sólo son canjeadas por ejemplares semejantes (de la misma época), otras sólo compradas (no canjeadas). Recordar la calle Vilardebó hace que el hombre recuerde también el viejo hospital para enfermos mentales del mismo nombre, y mastique con cierta amargura los repetidos, previsibles datos sobre maltratos, aislamiento, mala comida y demás efectos secundarios de esa brusca, definitiva separación que la ciudad ejerce, siguiendo a pie juntillas el

molde de las de más ciudades de Occidente, con sus locos, sus presos, sus enfermos, sus distintos (que suelen terminar en uno o más de esos sitios).

El sexo en esos sitios, con el mismo derecho a existir y ser analizado que en el «centro», no suele aparecer como temática con frecuencia. Apenas si se lo menciona de pasada en las decenas de recuerdos de la cárcel difundidos desde el regreso de la democracia, escritos fundamentalmente por presos políticos. Y cuando se lo hace, revela brutalmente sus distancias con el otro sexo el de las frías estadísticas. Un compañero de trabajo visitó en 1984 la «Colonia Etchepare», un «depósito de viejos e irre recuperables» instalado a unos sesenta kilómetros de Montevideo, con alta proporción de internados capitalinos. Un internado le contó: «Pobrecitos los locos. ¿Sabes qué? Están prohibidas las relaciones. No se puede. Aquí había un muchacho que ahora está fugado. El tiene una novia acá en pabellón de las mujeres, y un día los encontraron a los dos juntos y al tipo lo mandaron al J, que es el pabellón de castigo de los hombres. El de las mujeres es el G».

Al visitar otro asilo «rural», el Santin Rossi, el periodista descubrió (en aquel momento de transición de la dictadura a la democracia) que se había inventado una nueva categoría: el «enfermo erótico». Asombrado, averiguó: «Cuando una autoridad del Santín C. Rossi encuentra un enfermo excitado sexualmente, lo diagnostica de esa manera. Después lo castiga con electroshocks». Cuando dos médicos cuestionaron a dicha autoridad, ésta retrucó tratándolos de permisivos, si se tenía en cuenta que las relaciones sexuales estaban prohibidas. «Yo, agregé, si a un loco y una loca los encuentro cogiendo una vez, les encajo un electroshock, si los encuentro cogiendo dos veces les encajo dos electroshock y si los encuentro cogiendo tres veces les encajo tres electroshocks. Así van a aprender». Desde entonces, piensa el hombre, pasaron seis años.

Otra zona relativamente distinta de la ciudad es alguna que otra calle de la Ciudad Vieja (el casco colonial, ahora derrumbado en gran parte para dar lugar a bancos y oficinas) que abastece a marineros de toda procedencia (en especial polacos y coreanos) con pequeños bares nocturnos, de luces rojas, y que aún sigue nombrándose como «el Bajo». En su época de esplendor, entre principios de siglo y los años '30, un cronista le llamó «llaga vergonzosa que se oculta», donde «se vuelca el mundo trashumante, la ola humana que la fiebre del instinto aviva, los 'sin patria' del amor». Aún hoy la calle Juan Carlos Gómez conserva por la noche un clima colorido y espeso, surcado por expresiones en idiomas extraños para oídos locales, y envuelta en una atmósfera contrapuesta por entero a la corroída fachada burguesa y conservadora de los edificios del centro. De día, cuando la fiesta termina, aparecen

con nitidez las cicatrices de la pobreza: perros husmeando basurales o rincones, niños corriendo y sumergiéndose en los corredores oscuros de casas antiquísimas ahora ocupadas ilegalmente (en lo que los sociólogos llaman «tugurización» y que ha crecido meteóricamente desde el '84) y a veces desocupadas sumaria y jurídicamente, cuando el derrumbe parece inminente.

También distinta es la situación en las «villas de emergencia», bautizadas irónicamente «cantegriles» (Cantegril se llama una lujosa zona del magnífico balneario de Punta del Este). En 1982 una psicóloga encuestó a lo largo de diez meses a 94 personas y descubrió que la iniciación sexual temprana y las dificultades económicas o anexas (alcoholismo, desocupación, etc) llevaban a situaciones como la desvalorización sistemática del padre ante los hijos, el dominio del grupo familiar por la madre y, más aún, por la abuela, y el fortalecimiento de lo que la psicóloga llamaba «vínculos simbióticos».

### **Tiempos**

Ahora el hombre ve a dos cuadras el edificio donde vive. Está un poco harto del camino por donde lo llevaron sus pensamientos: números, eufemismos, porcentajes, teorías psicológicas. Es, en este momento, un hombre de carne y hueso que pisa las veredas frías del invierno. Pero no puede detener del todo el curso de sus reflexiones. Maquinalmente miró las vidrieras de una librería hace media hora, y un apunte automático (¿cuántos llevará vendidos?) hace aflorar ahora en la memoria la tapa del tomo II de una Historia de la sensibilidad en el Uruguay del erudito y muy documentado José Pedro Barrán. El tomo I era La cultura «bárbara», y abarcaba hasta 1860. El segundo, titulado El disciplinamiento se extiende hasta 1920, para describir el momento en que una cortina de represiones abstractas asfixia el tratamiento libre y desenfadado de la muerte, el sexo o la alegría del siglo anterior. En el primer período figura la franca aceptación del amancebamiento entre personas de muy distinta condición y edad, incluso sacerdotes; la falta de pudor de las mujeres para atender extranjeros a solas en sus casas; la aceptación de los «hijos naturales» en las familias; los «excesos» de grandes figuras públicas - incluido el Artigas de la estatua y el Bulevar -; la tolerancia a las transgresiones (incluso el incesto, que se castigaba con relativa blandura); o casos extremos de unión de contrarios, como el de Francisco Acuña de Figueroa, que fue a la vez autor del actual Himno Nacional de Uruguay y de una Nomenclatura y Apología del Carajo, extensa odisea de vocabulario: «No es el Papa, ni el Rey, sino... ¡el Carajo! / Miembro viril, o miembro solamente/Le llama el diccionario... ¡Cuán mezquino!/Sus nombres en el uso más frecuente/Son el nabo, el zurriago y el pepino».

El segundo tomo, en cambio, describe ese «disciplinamiento» tan foucaultiano del título, cuando agentes represivos como el clero (ahora «puro»), la educación vareliana (de la que se enorgullece Uruguay), el policía y el médico, emprendieron una tarea común de sujeción y orden. Es la época en que el contacto físico que exige el vals es considerado satánico, en que se domestican los impulsos dionisiacos del Carnaval y en que los folletos supuestamente científicos de los médicos describen con involuntario humorismo de dibujo animado las consecuencias de la sífilis: «Estos chancros (...) pueden dejar la cabeza del pene llena de agujeros, y entonces al salir la orina parece que saliera de una regadera».

El hombre se estremece, no sabe si de risa, de disgusto o de frío en la noche. Allá, en el departamento preciso que sólo él sabe distinguir en el edificio que queda al cruzar la calle, lo espera una mujer. Dormida o despierta, charlen o se dediquen al ejercicio del erotismo, lo que hagan quedará entre ellos, como queda entre ellos lo que hace la pareja «cool» y postmoderna de Sexo, mentiras y video. La caminata lo ha dejado un poco desasosegado: hubiera querido pensar en otra cosa, dejar vagar más libremente la imaginación, el punto de fuga. Y a la vez se le atropellan cosas que dejó de lado: el sexo en la dictadura (con qué precisión recuerda intensidades, razzias, detenciones, anécdotas), una clase de educación sexual memorable, desopilante, que tuvo hace dos años en el liceo de su hija, puntos cruciales como el pase de la serial televisiva española Pepe Carvalho (que introdujo los desnudos en la pantalla local), los clubes nocturnos que prometen el oro y el moro y se quedan en el apronte... Aparta el amontonamiento de temas con un gesto mental y piensa: «Mañana lo llamo al Libanés». Después baja el cordón y empieza a cruzar la calle (absurdamente respetó la luz roja, aunque no se oye ni un auto en la noche solitaria), tanteando las llaves del departamento en el bolsillo de la campera.

### **Referencias**

- \*Anónimo, REVISTA PUNTO Y APARTE. - Banda Oriental, Montevideo, Uruguay. 1989; Castellanos, Alfredo -- Sección «Numeradas».
- \*Barrán, José Pedro, HISTORIA DE LA SENSIBILIDAD EN EL URUGUAY. I - Banda Oriental, Montevideo, Uruguay. 1990; La cultura «bárbara».
- \*Barrán, José Pedro, HISTORIA DE LA SENSIBILIDAD EN EL URUGUAY. II - Banda Oriental, Montevideo, Uruguay. 1986; El disciplinamiento.
- \*Behares, Luis E., REVISTA RELACIONES. 64 - La subcultura homosexual en Montevideo.
- \*Ferrando, Jorge; Marinoni, Mirtha, LOS «MARGINADOS». - Montevideo, Uruguay. 1984; Psicología del marginado.

\*Gómez Haedo, Juan C., LA «BELLE EPOQUE MONTEVIDEANA». - Montevideo, Uruguay, Editorial Arca; El barrio infame.

\*Gómez Haedo, Juan C., TIPOS Y COSTUMBRES POPULARES. II. p96 - Montevideo, Uruguay. 1989; El barrio infame.

\*Invernizzi, Claudio, REVISTA JAQUE. 6 - 1943; Colonia Etchepare.

\* Revista Punto y Aparte, Montevideo: sección «Numeradas» y notas diversas.